

# ¿A qué juegan los niños que no juegan?

En la escuela donde Sandra, la hija de Sandra Arenal (1), es directora, los niños no quieren ser fotografiados. En cambio hacen fila para que los dibuje. Durante las sesiones en las que los retrato, me cuentan un poco de sí mismos.

Laura dice que su mamá quiere que trabaje de paqueterita (2) en un hipermercado, pues toman niños de entre ocho y doce años y ella ya está en edad. La mamá de Mariela quiere que ella estudie "belleza". Aarón es ayudante en un puesto de tacos.

Antes de empezar las clases, se barre el patio. Esa mañana le toca a una niña que lo hace lentamente, como retrasando su momento de entrar en el aula. También durante el recreo hay un niño que hace de heladero. Se pasea por entre los otros empujando el carro y vendiendo a los demás, parece orgulloso y contento con la tarea que le asignaron.

El juego es siempre el lugar por excelencia del "como si". El simulacro, la máscara, la imitación, la ficción, son connaturales del juego. Se dice que la ficción lúdica es uno de los medios fundamentales que tiene el niño de construir la propia conciencia del mundo. Según Piaget, el juego simbólico es un acto fundamental del proceso de adaptación al mundo. A medida que se crece, el aspecto simbólico va desapareciendo, en cuanto las reglas (definidas y acordadas) debilitan la creencia lúdica. A medida que se crece se adquiere mayor conciencia del acto lúdico y se evidencia la diferencia entre el momento de juego y de no juego (o de trabajo). Aunque también entre los adultos permanece una cierta dosis de simbolismo de "como si".

Durante la hora de educación física, y tal vez por la ausencia del maestro de

turno, los niños se dedican a la que se supone su actividad favorita: jugar. Hay niñas que juegan con muñecas y niños que juegan a la pelota. También hay algunos que deambulan, se sientan, observan jugar a los demás, conversan. Esta hora de juego se repite a lo largo de los días, ya que la ausencia de maestros es bastante frecuente.

En su momento no comprendí la importancia de la posibilidad de proponer a los niños/alumnos este espacio de juego aislado de las funciones educativas y didácticas para ser vivido solamente como diversión.

¿Hasta dónde los educadores favorecen este espacio lúdico a conciencia, o simplemente el juego es un modo de llenar el ausentismo de los maestros?

Probablemente poco importa. En la escuela estos niños tienen la posibilidad de encontrar ese espacio de divertimento. Fuera de ella, el mundo del trabajo, de las responsabilidades tempranamente adquiridas, dejan poco lugar. En el tiempo libre suelen ver la televisión.

La dimensión de lo lúdico es amplísima y amplísimos son los modos en que educación y juego se entrecruzan. Una piedra, un trozo de carbón o de tiza bastan para jugar a la "rayuela". Incluso sin ningún objeto, si hay dos niños se puede jugar a la mancha, al escondite, a polis y ladrones... Pero sin un cierto conocimiento, sin voluntad, sin fantasía, sin tiempo, ¿a qué jugamos?

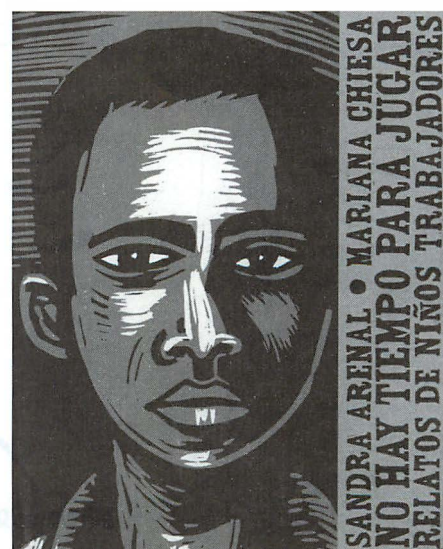
También, y lejos de toda funcionalidad, se puede percibir el juego como un oasis dentro de lo cotidiano o como una acción banal e insignificante. El juego es un fenómeno camaleónico.

El juego y el jugar se fundan en exigencias individuales y contextos precisos.

Mariana Chiesa

Según nos cuenta Media Vaca, es grabadora, pintora, historietista: tres formas de nombrar su vocación de dibujante. Aprendió el oficio con Alberto Breccia, el maestro que cambió el lápiz por un cuchillo, y es lectora de Alejandra Pizarnik, la poeta que se veía a sí misma como una niña en un jardín. La infancia es un tema a menudo presente en su trabajo. Ha colaborado en publicaciones de diversos países: *Lápiz Japonés*, *El ojo clínico*, *Sins entido*, *L'Association*, *Media Vaca*, entre otras. Ha impartido talleres de grabado y ha participado en numerosas exposiciones. Desde 1997 vive en Barcelona, [ahora vive en Bolonia y tiene un bebé] donde ha realizado muchas tareas de las que no suelen figurar en las biografías de los artistas, pero que son las que le permiten aceptar aquellos encargos que verdaderamente le interesan. Las ilustraciones de *No hay tiempo para jugar* fueron seleccionadas en 2003 por el jurado de la Feria del Libro para Niños de Bolonia

Sandra Arenal, Mariana Chiesa  
*No hay tiempo para jugar.*  
*Relatos de niños trabajadores*  
Valencia: Media Vaca, 2004



Probablemente se pueda crecer sin jugar demasiado. Pero estoy segura de que la vida es mejor si se juega. Aunque el juego sea solamente un aliciente, o un refugio para ayudar a sobrellevar una realidad adversa. Y ya siendo niños, ya adultos, ayudarnos a comprender la importancia a la vez que lo provisorio y relativo de las cosas que hacemos. A tomarnos la vida con una cierta liviandad.

Pero ¿a qué juegan los niños que no juegan?

Dicen que el juego es intrínseco al ser humano. Que lo lúdico estuvo presente a lo largo de la historia en todas las épocas en todos los lugares. Que la cultura también es juego y el juego es parte de la cultura. Dicen los pedagogos que el juego ofrece una enorme variedad de estímulos tocando tantos y tan diversos aspectos de la persona y que regula y reglamenta las formas de la relación con el otro.

Me pregunto a qué juegan los niños que en su tiempo libre están demasiado cansados. No me refiero a los también cansados de su apretada agenda de actividades extraescolares al estilo de inglés martes y jueves, guitarra el viernes, teatro los sábados. Sino a los que están cansados de trabajar en un restaurante, en un supermercado, en una calle. O en la mina. O en el basural donde juntan y separan desperdicios.

Tal vez entre la basura encuentren un desecho precioso: un mecanismo estropeado, una Barbie incompleta. O en la mina jueguen al escondite a escondidas del patrón. O en el súper jueguen a ver quién roba chocolates sin ser visto. Tal vez jueguen al fútbol con los vecinos del barrio. Tal vez algunos, el sábado por la tardecita jueguen a alucinarse otra vida y otro mundo pero que no está en éste.

Tal vez se jueguen sus puestos por no llegar a horario. Por quedarse dormidos.

Por perder el autobús. Pero probablemente no juegan mucho... porque no tienen mucho tiempo para divertirse.

De hecho en los testimonios recogidos por Sandra Arenal, leemos que muchos dicen que no les gusta jugar, o que prefieren conversar. Porque ya se sienten mayores y quizás piensan que el juego es cosa de niños. O un lujo que no se pueden permitir.

Carlos tiene catorce años y vende periódicos que tiene que pagar por adelantado... al igual que en el juego, a veces gana y a veces pierde. Pero dice que no le gusta jugar...

Josefina ve televisión con los niños de su patrona, y a veces los mira jugar Nintendo. Ella dice que es muy divertido verlos jugar. Josefina no va a la escuela. Y además de limpiar la casa de la patrona, cocinar, planchar y todos los etcéteras de una persona al servicio de otras desde que se levanta hasta que se acuesta, el sábado ayuda a su mamá a lavar la ropa "atrasada". Porque la mamá también trabaja. El domingo por la noche regresa al trabajo. Tiene trece años.

Raymundo trabaja solamente los fines de semana, tiene que estar muy limpio para ser admitido, y solamente recibe propinas. Su tarea consiste en ir a buscar las pelotitas que se van lejos, en un campo de golf.

También Raúl tiene que llevar un uniforme completo con un delantal que él mismo se hizo para poder trabajar de emparador en un supermercado. Tampoco Raúl recibe un salario por su trabajo. En Navidad la empresa le regala un juguete.

Nicanor hace canastas para su tío, ni él ni sus hermanos reciben paga. Comida, ropa y cuaderno. Pero ya no va a la escuela, tiene doce años.

Rosario tampoco va a la escuela, se puso a trabajar para comprarse cosas:

ropa, zapatos, pinturas. Bajó diez kilos desde que trabaja en la maquiladora, a pesar del litro de leche que le dan cada mañana. Piensa seguir porque necesita juntar para hacer su fiesta de quince.

También Américo trabaja porque quiere dinero para comprar ropa y también juguetes, pelotas, canicas, carritos. Le gusta jugar a lo que sea. Trabaja de 8 a 5 en una tienda de antigüedades. Ya no estudia.

Chon trabaja en una oficina, antes se la pasaba viendo la tele. Espera crecer para trabajar en una fábrica. Terminó la primaria. No juega porque no tiene tiempo.

Carlos es ecuatoriano, vive en Barcelona con su mamá, tiene quince años y desde hace dos trabaja en obras de construcción, cada verano. Prefiere trabajar a estudiar y a jugar. Así se adelanta a un futuro que no tardará en llegar.

Tampoco tiene tiempo de jugar el niño que trabaja en la verdulería de la calle Escudellers, en Barcelona. Quien, al preguntarle que hace cuando no trabaja, me responde, entre consternado y cansado: cuando yo no trabajo, duermo, y ¡esto es lo que prefiero hacer! ◀

Texto escrito a partir de notas y apuntes de cuaderno de viaje a Monterrey, México, durante la preparación del libro *No hay tiempo para jugar*. Las imágenes que acompañan este artículo corresponden a sus bocetos.

### Notas

- (1) Sandra Arenal, educadora, activista, escritora, autora de las entrevistas de *No hay tiempo para jugar. Relatos de niños trabajadores*. Valencia: Media Vaca, 2004.
- (2) Paquetitos se les llama a los niños que ponen la mercadería en las bolsas a la salida de los súper o hipermercados. Al momento de mi visita a Monterrey no obtienen sueldo, solamente reciben propinas. Para ser admitidos deben tener entre ocho y doce años e ir a la escuela.

